

La ocupación en México en los años ochenta: hechos y datos*

BRÍGIDA GARCÍA GUZMÁN

INTRODUCCIÓN

LA DÉCADA DE LOS OCHENTA representó para la población mexicana una etapa de recesión económica y de cambio en el modelo de desarrollo, ahora orientado hacia el exterior. El crecimiento negativo o escaso repunte del producto, los altos niveles de inflación y el descenso de los salarios reales y en el nivel de bienestar durante gran parte de la década han sido documentados en diversos trabajos (véanse Sheahan, 1991 y Lustig, 1992, para mencionar algunos de los más recientes). Las consecuencias sociales de la crisis y los programas de ajuste han sido menos estudiados de manera sistemática, pero ya contamos también con algunos esfuerzos relevantes en este particular (González de la Rocha y Escobar, 1991).

En este trabajo buscamos sintetizar algunas de las principales transformaciones de que ha sido objeto la ocupación en México durante esta década de estancamiento y profundas transformaciones. Se trata de un esfuerzo de integración de resultados de trabajos ya publicados, junto con un análisis de datos provenientes del censo de población de 1990 y de encuestas de ocupación y de ingreso-gasto recién puestos en circulación. Aunque no es el principal propósito del artículo, en las diversas secciones se compara la información del XI censo con la de otras fuentes, con la idea de ofrecer una evaluación preliminar de la misma, la cual debe ser complementada con estudios posteriores.

Los cambios ocupacionales que se analizan en este artículo se refieren a los siguientes fenómenos: la feminización de la fuerza de trabajo, la terciarización de la población activa y el crecimiento de las actividades económicas de pequeña escala. Gran parte de los estudiosos del tema coincidirían en que estos tópicos sintetizan los principales cambios en la población económicamente activa (PEA) en los ochenta, de los cuales se derivan a su vez muchos otros aspectos (Escobar, 1992).

* Agradezco los comentarios de Félix Acosta y Edith Pacheco a una primera versión de este trabajo.

Se trata además de los temas más analizados en la investigación reciente y los que hemos tenido oportunidad de estudiar con más detenimiento en los últimos años.

LA FEMINIZACIÓN DE LA POBLACIÓN ACTIVA

Tanto en México como en el resto de América Latina, uno de los aspectos de mayor importancia en la evolución de la población activa en el decenio de los ochenta ha sido el incremento en la participación económica de las mujeres. Infante y Klein, en un diagnóstico reciente del mercado de trabajo latinoamericano, indican que la tasa de participación femenina para un conjunto de países que abarcan el 71% de la población de la región se incrementó de 32 a 38% en el último decenio; asimismo, estos autores indican que se elevó la proporción de mujeres en la fuerza de trabajo pues las tasas masculinas no muestran una variación de magnitud. En conjunto, la contribución de las mujeres al aumento de la PEA en los ochenta fue de 42% (Infante y Klein, 1991).¹

En México, los incrementos en la participación económica femenina en los ochenta fueron inicialmente reportados para las distintas ciudades del país que cubre la hoy denominada Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU) (véanse Pacheco Gómez Muñoz, 1988; Cruz y Zenteno, 1989; Oliveira, 1989; Pedrero, 1990 y Oliveira y García, 1990). En el análisis realizado por Oliveira (1989) se pone de relieve que entre 1983 y 1986 las tasas de actividad femenina aumentaron en tres o más puntos porcentuales en 9 de las 12 ciudades no fronterizas de la ENEU (Chihuahua, Tampico, Torreón, ciudad de México, Puebla, San Luis Potosí, Mérida, Orizaba y Veracruz).² Oliveira destaca que los incrementos se dan en contextos muy disímiles, que abarcan desde ciudades industriales y de servicios ubicadas en regiones con menor desarrollo relativo hasta ciudades industriales del centro del país.

Desde su inicio, el incremento en la actividad femenina fue vinculado con la mayor necesidad económica que trajo aparejada la recesión de la década de los ochenta, la cual hizo necesaria la incorporación de integrantes adicionales de los hogares al mercado de trabajo (Selva, 1985; Cortés, 1988; González de la Rocha, 1989). Sin embargo, muchos autores también han señalado de manera reiterada que la incorporación femenina en la actividad económica venía dándose desde la década de los setenta, tanto en México como en Latinoamérica, y que en su explicación también hay que tener en cuenta las tendencias seculares de mayores incrementos

¹ Estos datos se basa en encuestas de hogares realizadas en Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México, Uruguay y Venezuela.

² Las ciudades fronterizas de Tijuana, Ciudad Juárez, Matamoros y Nuevo Laredo fueron incorporadas a la ENEU en 1985. Si se compara el nivel de actividad captado en ese año con el de 1970 también se pueden observar aumentos importantes en las tasas de participación femenina, sobre todo en Matamoros, hecho vinculado a la expansión de la industria maquiladora en esa ciudad (véase Cruz y Zenteno, 1989)

en la educación y en el proceso de urbanización, las cuales crean mayores oportunidades para la población femenina (véanse Pedrero y Rendón, 1982; Oliveira y García, 1990; Rendón, 1990).

Los diagnósticos a nivel nacional de la participación económica femenina para la década de los ochenta se han visto limitados por la falta de información oportuna sobre ocupación a ese nivel. No obstante, hoy podemos subsanar ese problema por la puesta en circulación del censo de población de 1990 y de los resultados básicos de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) llevada a cabo en 1988 por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS) y por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). En el cuadro 1 se presentan las cifras sobre participación femenina proporcionadas por estas fuentes, junto a otras que arrojan diversas encuestas que recolectan información sobre ocupación en el nivel de los individuos y/u hogares: la Encuesta Nacional Demográfica (END) de 1982, la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (ENFES) de 1987, y la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 1989.³

Cuadro 1
MÉXICO: TASAS DE ACTIVIDAD EN EL PERÍODO 1970-1990
(Porcentajes)

Año	Tasas de actividad femenina por edad				Tasas de actividad masculina de 12 años y más
	12 años y más	15-19	20-24	25-34	
1970	17.6	23.1	25.0	17.8	70.1
1979	21.5	^a	33.4	27.3	71.3
1982	25.2	^a	^a	^a	71.9
1987	31.1	24.4	42.3	41.5	73.5
1988	32.3	29.7	42.8	42.8	75.3
1989	27.0	^a	^a	^a	72.8
1990	19.6	18.0	29.1	27.7	68.0

^a Información no publicada o no disponible al desglose considerado.

FUENTES: 1970, Censo General de Población y Vivienda, Secretaría de Industria y Comercio; 1979, Encuesta Continua sobre Ocupación (ECSO), Secretaría de Programación y Presupuesto; 1982, Encuesta Nacional Demográfica (END), Consejo Nacional de Población, muestra de hogares; 1987, Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (ENFES), Secretaría de Salud, muestra de hogares; 1988, Encuesta Nacional de Empleo (ENE), STPS-INEGI; 1989, Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), INEGI; 1990, Censo General de Población y Vivienda, INEGI.

³ La END y la ENFES constituyen las fuentes de información básica del estudio de García y Oliveira (1993), donde se lleva a cabo uno de los primeros análisis de la participación económica femenina a nivel nacional durante la década de los ochenta.

Antes de analizar las cifras del cuadro 1 conviene recordar que las encuestas de ocupación y las encuestas en general ofrecen estimaciones más altas que los censos sobre la población activa femenina y juvenil (Wainerman y Recchini, 1981). Las encuestas cuentan con entrevistadores más calificados y permiten la inclusión de diversas preguntas para captar la actividad económica. Esto es especialmente importante en los casos de las mujeres y los jóvenes, entre los cuales se concentra el desempeño de trabajos parciales o esporádicos que ellos mismos no identifican correctamente como actividad económica. Dentro de este mismo contexto es importante puntualizar que un período de referencia más largo tenderá a elevar los niveles que se captan de actividad económica femenina y juvenil.

En el cuadro 1 se observa una tendencia creciente y de importante magnitud en la tasa de actividad femenina de 12 años y más (porcentaje de población activa respecto a la total), al comparar el censo de población de 1970 con las diferentes encuestas levantadas al final de la década pasada.⁴ Esta tasa aumenta de 17.6 a 30% aproximadamente, tomando un punto medio entre las diferentes encuestas. En cambio, la tasa de actividad correspondiente al censo de 1990 (19.6%) llama la atención por su reducido nivel —muy similar al reportado en el censo de 1970—, el cual nos llevaría a pensar que casi no hubo aumento global de la actividad femenina en los últimos 20 años.⁵

La discrepancia entre la tasa del último censo y la de las encuestas alrededor de la misma fecha podría ser atribuida a la distinta naturaleza de las fuentes. Podría argüirse, por ejemplo, que la ENE de 1988 incluyó más de una pregunta para captar la actividad económica, o que el tiempo de referencia de la ENIGH de 1989 fue de un mes, y la del censo de población fue de una semana. Sin embargo, es difícil que estas diferencias arrojen una discrepancia tan elevada en la tasa de actividad femenina.

Un punto de referencia útil para evaluar esta apreciación es el trabajo de Wainerman y Recchini (1981) en el cual se realiza un ejercicio de comparación para varios países entre las tasas de actividad femenina que arrojan los censos de población alrededor de 1970 y diversas encuestas de ocupación levantadas alrededor de la misma fecha. En todos los casos las tasas de las encuestas para el conjunto de los países son mayores que las de los censos, y las diferencias oscilan entre un 13% en Brasil y un 41% en Bolivia.⁶ En cambio, para México en 1990 la diferencia respectiva estaría entre un 38 y un 65%, según la encuesta de que se tratara.

Con base en los datos anteriores podemos afirmar que el censo de 1990 subestima de manera importante el trabajo de las mujeres.⁷ Resulta relevante ubicar los

⁴ Dados los problemas de confiabilidad que presentaron los datos de población activa del censo de 1980, no se incluyen en el cuadro 1 (véanse Rendón y Salas, 1986; Eternod y González, 1986).

⁵ La comparación detallada de los censos de 1970 y 1990 muestra que el último censo registró incrementos en la actividad femenina sólo entre los 20 y los 49 años. Para las demás edades, los indicadores de 1990 son más bajos que los de 1970.

⁶ Las diferencias se miden de la siguiente manera: Encuesta/Censo x 100.

⁷ El XI censo también ofrece una estimación ligeramente más baja de la actividad económica masculina que todas las demás fuentes para el conjunto del período 1970-1990 (cuadro 1).

segmentos de la población activa que se encuentran principalmente subestimados; en las páginas que siguen se espera ofrecer algunas indicaciones en este sentido.

Un aspecto importante del proceso de feminización de la población activa ha sido el de los cambios en las tasas de actividad por grupos de edades. Es posible observar en el cuadro 1 que las tasas para las edades 20-24, pero sobre todo para el grupo 25-34, muestran los aumentos más importantes. Aun tomando en cuenta las bajas estimaciones del censo de 1990, el incremento en este último grupo de edad es suficiente como para merecer un señalamiento especial. Esta alza apunta hacia una transformación social importante en el país, pues indica que las mujeres mexicanas no están abandonando el mercado de trabajo después de unirse o tener sus primeros hijos, de la manera en que lo hacían décadas atrás. Es posible esperar entonces que la organización de la vida cotidiana de muchos hogares mexicanos se haya visto considerablemente modificada en los últimos años (García y Oliveira, 1993).

Los aumentos en la actividad femenina por estado civil y número de hijos apuntan en el mismo sentido que las transformaciones por edad. Las tasas de actividad de mujeres unidas de 20-49 años para el total del país aumentan 32% en el período 1982-87; las de mujeres con más de tres hijos lo hacen en 60% para el mismo período (García y Oliveira, 1993; datos de la END para 1982 y de la ENFES para 1987). Las encuestas de ocupación también indican un aumento de las tasas para mujeres casadas entre 1978 y 1987 de 43% para la ciudad de México, 44% para Guadalajara y 30% para Monterrey (Pedrero, 1990).

Sería un error interpretar de manera automática el incremento en la actividad femenina como sinónimo de dinamismo en la creación de empleos estables o bien remunerados. Cuando se compara la población activa de 20 a 49 años a nivel nacional entre 1982 y 1987 se observa que las ocupaciones no manuales más calificadas perdieron importancia en ese período, así como las manuales asalariadas en la industria y algunos tipos de servicios. Casi la totalidad del incremento en la actividad económica femenina tiene lugar entonces en las ocupaciones manuales por cuenta propia que tienden a estar mal remuneradas o a ejercerse de manera no permanente (las ocupaciones por cuenta propia ascienden de 7.6 a 18.5%; véase García y Oliveira, 1993). Debe recordarse que esta tendencia se estableció a partir de encuestas de fecundidad en las que el número de casos constituye un impedimento para el conocimiento más detallado de lo ocurrido en el nivel de sectores económicos más desagregados, ciudades o regiones del país.

Cuando se analiza la industria formalmente establecida que captan los censos económicos, se ha observado que la participación femenina en el sector manufacturero se elevó de 1980 a 1985, sobre todo en el renglón de los obreros. Más de la mitad del crecimiento en este rubro corresponde a personal femenino, lo cual se explica en gran medida por la expansión de la industria maquiladora. Asimismo, se observa en el empadronamiento urbano de los censos económicos de 1989 que las industrias de mayor crecimiento han sido aquellas donde el contingente femenino es elevado: fabricación de maquinaria y equipo eléctrico, por ejemplo (Rendón, 1990).

En síntesis, un primer cambio importante de la población activa en la década de los ochenta ha sido el proceso de feminización. Conviene destacar que todavía las mujeres que participan en la actividad económica convencionalmente definida sólo constituyen alrededor del 30% de las mayores de 12 años. Sin embargo, es importante señalar que las mujeres mayores, unidas y con hijos, tienen ahora un lugar destacado en la fuerza de trabajo femenina. Asimismo, los datos con los que hasta ahora contamos indican que los cambios de la década de los ochenta fueron motivados en gran medida por el incremento en las ocupaciones por cuenta propia; no obstante, en algunos sectores económicos y regiones la presencia de las mujeres en las actividades industriales asalariadas también cobró importancia.

LA TERCIARIZACIÓN DE LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL

El crecimiento del sector terciario (comercio, transporte y distintos tipos de servicios) en la economía de los países latinoamericanos ha concentrado siempre el interés de los estudiosos de la ocupación. Tradicionalmente se ha sostenido que el crecimiento de este sector es excesivo en comparación con el del sector industrial. Muchas veces se considera la terciarización de la economía y de la fuerza de trabajo como un síntoma claro de nuestras carencias centrales, pues se supone que es producida por un aumento desmedido de las ocupaciones menos calificadas, menos productivas o peor remuneradas (véanse Muñoz, 1985; García, 1988).

Buena parte de las investigaciones realizadas en México sobre el período anterior a la etapa de ajuste y reestructuración de los ochenta se preocupaban por ofrecer información y argumentos en contra de la tesis de la terciarización. En ellas se demostraba que el sector industrial mexicano absorbió importantes contingentes de mano de obra hasta 1970 y que en el crecimiento del terciario tenían un importante papel no sólo los servicios de baja productividad, sino aquellos necesariamente ligados al proceso de industrialización (servicios al productor, distributivos, sociales y comunitarios) (García, 1975; Muñoz y Oliveira, 1976; Muñoz, 1985).⁸ Después de 1970, las variables macroeconómicas han cambiado notoriamente en el país, y con ellas probablemente el crecimiento del terciario y su naturaleza.

En el cuadro 2 se presenta la evolución de la población activa del país según grandes sectores de actividad después de 1970, conforme a diferentes fuentes. Interesa inicialmente constatar en este cuadro que el XI censo de población ofrece una estimación muy reducida del volumen de la población activa en comparación con la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) para 1988 o la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) para 1989 (entre 3 y 5 millones de diferencia; véase el cuadro 2).

⁸ Argumentos similares para algunos países de América Latina pueden ser encontrados en Katzman, 1984.

Cuadro 2
MÉXICO: DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN ACTIVA SEGÚN
GRANDES SECTORES DE ACTIVIDAD (1970-1990)
 (Porcentajes)

Sector de actividad	AÑO				
	1970	1979	1988	1989	1990
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
(Números absolutos en miles)	(12 955)	(19 177)	(28 128)	(26 043)	(23 403)
Agropecuario	39.4	28.9	23.5	26.5	22.6
Minería, energía e industria	18.5	21.1	21.1	18.0	21.0
Construcción	4.4	6.4	5.4	6.7	6.8
Comercio	9.2	13.8	15.4	16.8	13.2
Otros servicios	22.6	29.3	33.5	32.1	32.8
Actividades insuficientemente especificadas	5.8	0.5	0.1		3.4

FUENTES: 1970, Censo General de Población y Vivienda, Secretaría de Industria y Comercio; 1979, Encuesta Continua sobre Ocupación (ECSO), Secretaría de Programación y Presupuesto; 1988, Encuesta Nacional de Empleo (ENE), STPS-INEGI; 1989, Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), INEGI; 1990, Censo General de Población y Vivienda, INEGI.

En lo que respecta a la estructura de la población activa según sector de actividad, se presentan interesantes puntos de contacto, pero también de discrepancia, entre las diversas fuentes. En términos generales, el conjunto de la información que se presenta en el cuadro 2 lleva a sostener que el sector terciario ha cobrado cada vez más importancia en la estructura de la población activa, y que el sector industrial se ha estancado en la absorción de mano de obra, especialmente en la década de los ochenta.

Por lo que toca a las diferencias, sorprende la reducida cifra que ofrece el XI censo de población para la agricultura, pero sobre todo para el comercio. Considerar esta información como válida llevaría a afirmar que el número de personas dedicadas al comercio no creció en la década de los ochenta, cuando la presencia económica y política de los comerciantes ambulantes o en pequeño ha sido uno de los síntomas de la recesión que más ha atraído la atención de estudiosos y diseñadores de políticas en el país. En suma, la actividad comercial, aunada a la ocupación femenina global analizada páginas atrás, se perfilan entonces hasta ahora como los rubros principalmente subestimados en el XI censo poblacional.

Datos provenientes de los censos económicos y de las estadísticas del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) ofrecen otros elementos para conocer de manera más nítida el proceso de terciarización de los años ochenta. No obstante, conviene tener presente que estas fuentes sólo se refieren a los establecimientos fijos y que dejan de lado la actividad económica ambulante y la mayor parte de la activi-

dad realizada a domicilio, la cual, previsiblemente, se puede haber incrementado durante la recesión. Aun con estas salvedades, mediante el análisis de esta información se obtiene un panorama del conjunto de la economía organizada y con ella se puede seguir a intervalos anuales o de cinco años los posibles efectos de las transformaciones económicas sobre la ocupación en los establecimientos fijos.

Rendón y Salas han llevado a cabo una serie de estudios sobre la ocupación en el período 1975-1989, con base en los censos económicos, que ofrece resultados de interés para este artículo (véanse especialmente Rendón y Salas, 1990; 1992). Según los censos económicos, también resulta claro que el proceso de terciarización se profundiza en los años ochenta. En 1980 el 46% de la ocupación en los establecimientos fijos se generaba en el sector manufacturero, 31% en el comercio y 23% en los servicios. Para 1989 esta situación se vio drásticamente cambiada con un descenso importante del papel de la manufactura en la generación de ocupación y un aumento en el sector terciario, especialmente en los servicios. La estructura del personal ocupado en 1989 atribuía sólo 37% de los empleos a las manufacturas, 33% al comercio y 31% a los servicios. De los empleos que se generaron entre 1985 y 1989 sólo 11% corresponden a la manufactura, 38% al comercio y 52% a los servicios (Rendón y Salas, 1992).⁹

Datos de los asegurados en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) también confirman el estancamiento del sector industrial en los años ochenta, pues según esta información, el nivel de empleo en dicho sector apenas superaba en 1987 al alcanzado en diciembre de 1981. Conforme a los datos del IMSS también se confirma que el comercio establecido siguió de cerca la evolución del empleo industrial, aunque en niveles ligeramente superiores. En cambio, los servicios ejercieron una función compensadora porque en 1987 este sector tenía 60% más de asegurados que en 1981 (Samaniego, 1990).

Para comprender los procesos anteriores es útil profundizar en lo ocurrido con la industria mexicana durante el proceso de crisis y reestructuración de la economía, así como empezar a explorar de manera más sistemática el nuevo papel del comercio y los servicios en este momento histórico. En la década de los ochenta la industria mexicana sufrió transformaciones básicas. La producción industrial entre 1980 y 1988 tuvo un panorama global errático, con períodos de estancamiento y retroceso, seguidos por años de débiles recuperaciones que no alcanzaron a devolver a la producción su nivel inicial (Velasco Arregui, 1989). Algunas ramas industriales respondieron de manera dinámica a la apertura de la economía y la reorientación hacia el comercio exterior (manufacturas de metal, maquinaria y equipo, productos químicos, vidrio, cemento y la industria maquiladora), pero hubo cierre de empresas en 18 de las 52 clases de actividad industrial captadas por los censos económicos en el período 1980-1985. Asimismo, es preciso reconocer que, a excepción de la industria maquiladora, las ramas orientadas hasta ahora hacia el mercado externo no se han caracterizado por ser dinámicas

⁹ En este caso los censos económicos apuntan a una permanencia y no a un aumento de los empleos generados en el comercio. Sin embargo, es preciso recordar que se trata de los establecimientos fijos.

en la absorción de mano de obra (véanse Velasco Arregui, 1989; Reyes Heróles González Garza, 1990; Rendón y Salas, 1990).

Con respecto al crecimiento del sector terciario en estos años de crisis, ajuste y reestructuración, es preciso rescatar que según los datos presentados por Rendón y Salas (1992), las ocupaciones asalariadas han jugado un papel importante en el dinamismo del sector. Al observar este hecho, estos autores sostienen que uno de los orígenes del proceso de terciarización en los ochenta es la penetración capitalista en los servicios y el comercio. Sin embargo, también están conscientes del incremento de las ocupaciones terciarias no asalariadas, documentadas aún por los censos económicos en el caso de los servicios, y de la reducción en el tamaño medio de los establecimientos en el caso del comercio (y también en la manufactura) (Rendón y Salas, 1992). Todo lo anterior indica una vez más la presencia de heterogeneidad en el crecimiento del sector terciario de la economía y la imposibilidad de atribuir a una sola causa su renovada importancia. En estos años de recesión ha sido especialmente subrayado el papel de este sector como refugio de mano de obra, o como espacio que permite concretar las estrategias de sobrevivencia de las familias. Sin embargo, es preciso profundizar en las opciones que presentan los servicios y el comercio como espacios económicos para la penetración capitalista en momentos en que se intenta poner en marcha un nuevo modelo de crecimiento y desarrollo económicos.

EL AUMENTO DE LAS UNIDADES ECONÓMICAS DE PEQUEÑA ESCALA

Los trabajadores involucrados en las unidades económicas de pequeña escala (por cuenta propia no profesionales y familiares no remunerados, principalmente) han constituido el centro de atención de algunas de las principales teorías que buscan explicar el funcionamiento de los mercados de trabajo. Desde la marginalidad hasta la informalidad, se ha señalado la importancia estratégica de estos trabajadores por considerar que entre ellos se concentra la pobreza de los países menos desarrollados. En los años ochenta el interés por el aumento de los trabajadores no asalariados se ha multiplicado, especialmente bajo la perspectiva de la informalidad urbana. Infante y Klein, con base en estimaciones del Programa Regional del Empleo para América Latina (PREALC) estiman que el sector informal urbano (constituido por trabajadores por cuenta propia no profesionales, familiares no remunerados y servicio doméstico) pasó a representar el 30% de la PEA urbana en América Latina en 1989 en comparación con el 24% de 1980.¹⁰ Si a esto añadimos que el sector de microempresas (con menos de 10 empleados) pasó a ocupar al 18% de la PEA en 1989 (en comparación con el 15% de 1983) podemos apreciar la relevancia del incremento en las pequeñas unidades económicas.

¹⁰ Estas estimaciones de PREALC se basan en encuestas de hogares para Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México y Venezuela, países que contienen el 80% de la PEA de la región.

Con anterioridad a los años ochenta ha sido suficientemente reiterada la heterogeneidad del sector de unidades económicas de pequeña escala y la diversidad de fenómenos que le dan origen. Por un lado tenemos la expansión del sector de trabajadores no asalariados vinculada a la propia naturaleza de la expansión capitalista en nuestras economías, mediante procesos como la subcontratación industrial, comercial o de servicios; por el otro, está el aumento en la importancia de este sector debido a la permanencia del pequeño comercio tradicional, las unidades artesanales de producción o los pequeños establecimientos de preparación y venta de alimentos.

En etapas de crisis y reestructuración, los dos aspectos mencionados arriba pueden haber dado origen al incremento de los sectores no asalariados y las microempresas. Infante y Klein apuntan en este sentido que en los trabajos de PREALC (1988) y de Wurgaft (1988) se trae a colación la recomposición de empresas medianas y grandes que reducen el número de ocupados durante la crisis. Asimismo, puntualizan la precarización del trabajo ocurrida en los ochenta, pues se ha tendido a sustituir a los trabajadores permanentes o temporales por subcontratos con pequeñas empresas como una de las formas utilizadas para evadir la legislación laboral y reducir costos. Aunada a estos aspectos tenemos por supuesto la proliferación de diversas prácticas de estrategias de sobrevivencia puestas en marcha por diferentes sectores de la población frente a la baja en los niveles de vida durante la recesión.

El principal problema que enfrentamos para conocer el origen del crecimiento del sector de no asalariados o de microempresas es la información estadística necesaria para tal propósito. La información más directa para establecer tendencias agregadas puede provenir de los censos económicos, que registran el tamaño de las empresas, o de las encuestas de hogares, donde se le pregunta a los individuos por el tamaño de los establecimientos donde laboran. Sin embargo, por la propia naturaleza del tipo de unidades que componen este sector (a veces precarias, con poco capital, fluctuantes, hasta llegar a las clandestinas) es de esperar que no queden bien registradas en los instrumentos basados en establecimientos fijos o en las encuestas de hogares, donde una persona contesta sobre el trabajo de los demás integrantes de la unidad doméstica.

En vista de lo anterior, el procedimiento más utilizado en el caso de los sectores no asalariados es recurrir a la pregunta tradicional de la categoría ocupacional en los censos de población y las encuestas de hogares (asalariados, patrones, por cuenta propia, trabajadores familiares no remunerados). Partiendo de esta información, muchos autores señalan la naturaleza heterogénea de los trabajadores no asalariados analizando el sector de actividad donde se ubican o el tipo de población (urbana, metropolitana, rural, dinámica, no dinámica) en que proliferan. La presencia de trabajo por cuenta propia en el sector manufacturero, o en áreas metropolitanas industriales dinámicas, ha sido interpretada como síntoma de que este sector responde tanto a las estrategias del capital como a las de la población por sobrevivir (véanse, por ejemplo, Kowarick, 1978; Portes y Benton, 1987; García, 1988).

La tendencia seguida por los trabajadores no asalariados en México es conocida en sus rasgos más globales. Hasta 1970, estos trabajadores disminuyeron su presencia en la fuerza de trabajo del país debido esencialmente al descenso de los trabajadores agrícolas por cuenta propia en un período de rápida expansión capitalista. En los setenta, años de agotamiento del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones, la tendencia descendente no continuó y algunas estimaciones señalan incluso un aumento en el caso de los trabajadores no asalariados urbanos (informales para el PREALC) (véanse García, 1988; PREALC, 1982). En los años ochenta, la proliferación de actividades no asalariadas o informales ha sido subrayada por numerosos autores que basan sus aseveraciones en la ENEU y en otras fuentes, como son los censos económicos, las encuestas de fecundidad o los levantamientos propios (Oliveira, 1989; Oliveira y García, 1990; Selby *et al.*, 1990; Chant, 1991; González de la Rocha y Escobar, 1991; García y Oliveira, 1991; Pacheco Gómez Muñoz, 1992; Rendón y Salas, 1992).

En el cuadro 3 se presentan los porcentajes de trabajadores no asalariados en el total de la población activa en la década de los ochenta, para el total nacional y la ciudad de México, según distintas fuentes. Se confirma en términos generales a partir de estos datos la importancia y permanencia del sector de trabajadores no asalariados en el país. El incremento de estos trabajadores es especialmente relevante para la ciudad de México.

Cuadro 3
PORCENTAJE DE TRABAJADORES NO ASALARIADOS EN LA POBLACIÓN
ECONÓMICAMENTE ACTIVA^a

	Total del País		Ciudad de México
1979	33.7 (19 177) ^b	1979	16.5 (4 945) ^b
1988	36.8 (28 128) ^b	1989	26.4 (7 182) ^b
1989	30.0 (26 043) ^b		
1990	25.9 (23 403) ^b		

^a Los no asalariados están constituidos por los trabajadores por cuenta propia y los familiares sin retribución. Además, han sido incluidos en esta denominación: a) los miembros de cooperativas en la ENIGH; b) los subcontratistas, cooperativistas, trabajadores a comisión o porcentaje y no familiares sin pago en la ENEU.

^b Números absolutos en miles.

FUENTES: Total Nacional: 1979, Encuesta Continua sobre Ocupación (ECSO), Secretaría de Programación y Presupuesto; 1988, Encuesta Nacional de Empleo (ENE), STPS-INEGI; 1989, Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), INEGI; 1990, XI Censo General de Población, INEGI. Ciudad de México: 1979, Encuesta Continua sobre Ocupación (ECSO), Secretaría de Programación y Presupuesto; 1989, Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU), INEGI (véase Pacheco, 1992).

Al observar las diferencias en el nivel nacional entre las distintas fuentes en el cuadro 3, resulta claro que el XI Censo General de Población ofrece la estimación más baja para los no asalariados en los ochenta. El subregistro en este rubro se hace patente cuando observamos que el XI censo ofrece la misma cifra para el total nacional que la que registra la ENEU para la ciudad de México, tradicionalmente uno de los contextos más asalariados del país. Esta información, junto a la analizada arriba sobre la población activa femenina y la rama del comercio, permiten plantear que la fuerza de trabajo en condiciones más precarias fue subestimada en este censo poblacional.

¿Qué grupos dentro de los trabajadores no asalariados han crecido más durante los años ochenta? Debido a la necesidad de contar con series estrictamente comparables o disponibles, esta pregunta sólo puede ser respondida por ahora en cierta medida para algunos sectores de trabajadores o para algunas ciudades del país.

Oliveira (1989), en su estudio para las 16 áreas metropolitanas originalmente incluidas en la ENEU, subraya que entre 1983 y 1987 el número relativo de mujeres que trabajan por cuenta propia aumenta más que el de los hombres en el centro del país y en las regiones menos desarrolladas del sur y sureste. Según esta autora, lo anterior apunta una vez más a la heterogeneidad del incremento en los trabajadores por cuenta propia, el cual se dio a principios de los ochenta tanto en áreas urbanas dinámicas como no dinámicas.

Los datos que maneja Pacheco (1992) para la ciudad de México permiten ubicar tendencias entre 1979 y 1989 en el incremento de los trabajadores no asalariados por ramas de actividad. Los trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados pasan de 16.5 a 26.4% de la población activa capitalina entre 1979 y 1989. Al descomponer esta alza sobresale que los trabajadores no asalariados en la industria suben de 2.2 a 3.0% en el período considerado, pero que los correspondientes al comercio pasan de 7.0 a 11.1% y los de servicios de 5.6 a 11.0%. Al menos entonces para la ciudad de México se hace más evidente el papel del sector no asalariado en el terciario, y ello le resta fuerza a la hipótesis de la subcontratación industrial como fenómeno de gran importancia cuantitativa en esta área metropolitana. Esta situación puede ser distinta en otras zonas del país, pues es sabido que la recesión ha afectado de manera particularmente acentuada a la ciudad de México (véase Garza, 1991). Ello ha llevado a la proliferación del comercio ambulante y a la prestación de servicios no calificados de diversos tipos.

En la información proveniente de las encuestas de fecundidad que presentan García y Oliveira (1993) para el conjunto del país, tanto las vendedoras ambulantes como las activas por cuenta propia en la producción tuvieron un papel igualmente importante en el crecimiento de las no asalariadas en los ochenta. Esta información nos alerta a no descartar definitivamente para el conjunto del país la hipótesis del origen heterogéneo del crecimiento de las unidades económicas de pequeña escala.

CONSIDERACIONES FINALES

En este artículo hemos intentado sintetizar algunos de los principales fenómenos relativos a la ocupación de los mexicanos en la década de los ochenta. Aunque existen indicios de que los procesos de reestructuración y reorientación de la economía han ofrecido espacio para el crecimiento de algunas ocupaciones en los sectores de empresas establecidas, el panorama global del empleo en estos años es más bien de estancamiento y precariedad. La población ha respondido a la crisis con la puesta en práctica de diversas estrategias de sobrevivencia y los resultados son visibles en los datos ocupacionales agregados que hemos manejado en este artículo. La información sobre la distribución del ingreso en el último quinquenio de los ochenta también deja claro un empeoramiento de los niveles de vida de la población vistos desde ese ángulo (Cortés y Rubalcava, 1992; Lustig, 1992). Todos estos indicadores ponen de manifiesto los efectos negativos de la recesión de los años ochenta y la magnitud de los esfuerzos que tendrán que ponerse en práctica para recuperar o mejorar las condiciones de empleo que imperaban en el país décadas atrás.

El propósito del artículo ha sido ofrecer un panorama global sobre la ocupación en los años ochenta, pero ha resultado claro que unas fuentes de información son más apropiadas que otras para conocer la situación imperante. En el análisis que llevamos a cabo ha resultado claro que el XI censo poblacional ofrece cifras muy bajas sobre algunos sectores que concentran a la población activa en condiciones más precarias: las mujeres, los comerciantes, los trabajadores no asalariados. Es preciso profundizar y ampliar los ejercicios de evaluación de este censo para conocer en qué medida lo detectado a nivel nacional se confirma para distintas regiones, ciudades o áreas rurales del país.

Escapa a los objetivos de este trabajo ubicar algunas de las posibles causas de la subestimación de la población económicamente activa observada en el XI censo poblacional. Sin embargo, conviene aclarar que sería simplista atribuir las fallas de esta fuente solamente a los productores de la misma. La información sobre población activa presenta problemas para ser registrada adecuadamente en una operación de la magnitud del XI censo, pues preguntas sencillas como las utilizadas no permiten captar la complejidad del fenómeno, especialmente cuando proliferan las actividades económicas esporádicas, precarias, a tiempo parcial, mal remuneradas. Asimismo, no habría que descartar que al final de una década de crisis, de descensos en los niveles de vida, de transformaciones políticas y en muchos otros órdenes de la sociedad, la población mexicana no estuviese enteramente dispuesta a contestar de manera verídica y confiable las preguntas sobre su situación ocupacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Cruz Piñeiro, Rodolfo y René Zenteno Quintero (1989), "La participación femenina en la actividad económica de la frontera norte: Tijuana, Cd. Juárez, Nuevo Laredo y Matamoros", en *Memoria de la III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica*, Universidad Nacional Autónoma de México y Sociedad Mexicana de Demografía, México, pp. 587-595.
- Cortés, Fernando (1989), "El mercado de trabajo urbano y la sociodemografía mexicana en la mitad de la década de los ochenta: algunas consideraciones metodológicas", en *Memorias de la III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica*, Universidad Nacional Autónoma de México y Sociedad Mexicana de Demografía, México.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava (1992), "Cambio estructural y concentración: un análisis de la distribución del ingreso familiar en México, 1984-1989", ponencia presentada en la conferencia, *The Sociodemographic Effects of the 1980s Economic Crisis in Mexico*, Universidad de Texas en Austin.
- Escobar, Agustín (1992), "Cambio ocupacional y movilidad individual en Guadalajara, 1982-1990", ponencia presentada en la conferencia *The Sociodemographic Effects of the 1980s Economic Crisis in Mexico*, Universidad de Texas en Austin.
- Eternod, Marcela y Raúl González (1986), "Problemas en la medición de la rama de actividad, la ocupación y la posición en el trabajo. Un diagnóstico del no especificado", ponencia presentada en el Taller Nacional de Evaluación del Censo General de Población y Vivienda, 1980, organizado por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).
- Chant, Sylvia (1991), *Women and Survival in Mexican Cities, Perspectives on Gender, Labour Markets and Low-Income Households*, Manchester University Press.
- García, Brígida (1975), "La participación de la población en la actividad económica", en *Demografía y Economía*, vol. IX, núm. 1, El Colegio de México, México, pp. 1-31.
- García, Brígida 1988, *Desarrollo económico y absorción de fuerza de trabajo en México: 1950-1980*, El Colegio de México, México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1993), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México, 1993.
- González de la Rocha, Mercedes (1989), "Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara", en Oliveira, Orlandina (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), pp. 159-175.
- González de la Rocha, Mercedes y Agustín Escobar (editores) (1991), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980s*, Center for U.S.-Mexican Studies, Universidad de California, San Diego.

- Infante, Ricardo y Emilio Klein (1991), "Mercado latinoamericano del trabajo en 1950-1990", en *Revista de la CEPAL*, núm. 45, diciembre, pp. 129-144.
- Katzman, Rubén (1984), "Notas sobre las transformaciones sectoriales del empleo en América Latina", en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, El Colegio de México-PISPAL-UNAM, México, pp. 301-333.
- Kowarick, Lucio (1978), "Desarrollo capitalista y marginalidad: el caso brasileño", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XL, núm. 1, enero-marzo, pp. 31-54.
- Lustig, Nora (1992), "Mexico: the Social Impact of Adjustment", ponencia presentada en el Seminario The Demographic Consequences of Structural Adjustment in Latin America, organizado por la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, Belo Horizonte, Brasil, octubre.
- Muñoz, Humberto (1985), "Algunas contribuciones empíricas y reflexiones sobre el estudio del sector terciario", en *Ciencia*, vol. 36, núm. 1, pp.17-28.
- Muñoz, Humberto y Orlandina de Oliveira (1976), "Migración, oportunidades de empleo y diferenciales de ingreso en la ciudad de México", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXVIII, núm. 1, México.
- Oliveira, Orlandina (1989), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en Cooper, Jennifer, Teresita de Barbieri, Teresa Rendón, Estela Suárez y Esperanza Tuñón (compiladoras), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Miguel Angel Porrúa, México, pp. 29-66.
- Oliveira, Orlandina y Brígida García (1990), "Expansión del trabajo femenino y transformación social en México: 1950-1987", en *México en el umbral del milenio*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México, pp. 345-374.
- Pacheco Gómez Muñoz, María Edith (1988), "Población económicamente activa femenina en algunas áreas urbanas de México en 1986", tesis de maestría en demografía, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México.
- Pacheco Gómez Muñoz, Edith (1992), "Fuerza de trabajo en la ciudad de México a fines de los ochenta", ponencia presentada en el Simposio Población y Sociedad, organizado por El Colegio Mexiquense, el Consejo Estatal de Población del Estado de México y la Sociedad Mexicana de Demografía, septiembre.
- Pedrero, Mercedes (1990), "Evolución de la participación económica femenina en los ochenta", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LII, núm. 1, enero- marzo, pp. 133-149.
- Pedrero, Mercedes y Teresa Rendón (1982), "El trabajo de la mujer en México en los setentas", en *Estudios sobre la mujer 1. Empleo y la mujer. Bases teóricas, metodología y evidencia empírica*, Serie Lecturas III, INEGI-SPP, México, pp. 437-456.
- Portes, Alejandro y Lauren Benton (1987), "Desarrollo industrial y absorción laboral: una reinterpretación", en *Estudios Sociológicos*, vol. 5, núm. 13, enero-abril, El Colegio de México, México, pp. 111- 137.

- Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC) (1990), *Empleo y equidad: Desafío de los 90*, documento de trabajo núm. 345, Santiago de Chile.
- Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC) (1982), *Mercado de trabajo en cifras 1950-1980*, Santiago de Chile.
- Rendón, Teresa (1990), "Trabajo femenino remunerado en el siglo veinte. Cambios, tendencias y perspectivas", en Ramírez Bautista, Elia e Hilda R. Dávila Ibáñez, *Trabajo femenino y crisis en México. Tendencias y transformaciones actuales*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, pp. 29-51.
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1986), "La población económicamente activa en el censo de 1980. Comentarios críticos y una propuesta de ajuste", en *Estudios demográficos urbanos*, vol. 1, núm. 2, El Colegio de México, México, pp. 291-309.
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1990), "Cambios en el empleo sectorial en los años ochenta. La gran transición", División de Estudios de Posgrado, Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), junio, (documento mimeografiado).
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1992), "El mercado de trabajo no agrícola en México. Tendencias y cambios recientes", en *Ajuste estructural, mercados laborales y Tratado de Libre Comercio*, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.
- Reyes Heróles González Garza, Jesús (1990), "Reestructuración industrial en México: Hacia una política industrial de base cero", en Wilkie, James W. y Jesús Reyes Heróles González Garza (coords.), *Industria y trabajo en México*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México, pp. 91-129.
- Samaniego, Norma (1990), "El empleo en México: Crisis y perspectivas", en Wilkie, James W. y Jesús Reyes Heróles González Garza (coords.), *Industria y trabajo en México*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, pp. 275-291.
- Selva, Beatriz (1985), *Modalidades de trabajo femenino en San Felipe del Agua*, FLACSO, México (serie de tesis de maestría).
- Selby, H. A., A. D. Murphy y S.A. Lorenzer (1990), *The Mexican Urban Households organizing for Self Defense*, University of Texas Press, Austin.
- Sheahan, John (1991), *Conflict and Change in Mexican Economic Strategy*, California, Center for U.S.- Mexican Studies, Universidad de California, San Diego.
- Velazco Arregui, Edur (1989), "Crisis y reestructuración industrial en México", en Lechuga, Jesús y Fernando Chávez (coords.), *Estantamiento económico y crisis social en México 1983-1988*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México, pp. 231-266.
- Wainerman, Catalina y Zulma Recchini de Lattes (1981), *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, Terranova y Population Council, México.

Wurgaft, J. (1988), "Flexibilidad del mercado de trabajo", documento presentado en el Seminario sobre Productividad y Empleo de INCASUR, PREALC, Santiago de Chile.